

**Por Daniel Jiménez Zamora**

La legitimidad es fundamental para cualquier gobierno que se dice emanar de un proceso democrático. En términos generales, es el reconocimiento por parte de la mayoría de los ciudadanos para que se pueda ejercer el poder político sin los mayores contratiempos posibles.

Según Habermas, la legitimidad se da en relación con los satisfactores sociales que un sistema logra satisfacer. En este sentido, dentro de la cultura política mexicana, lo que encontramos es una legitimidad inmediata, cortoplacista y que muchas de las veces está determinada por un intercambio mercantil votodespensa.

De acuerdo con la definición aportada por el teórico alemán, su premisa se cumple en el sistema político mexicano; el problema radica en la temporalidad de la solución aplicada a una problemática social. Por ejemplo, un cliente otorga su voto a cambio de una despensa o una tarjeta para resolver su necesidad alimenticia inmediata. Ese sistema político corruptor tendrá que encontrar mecanismos similares para mantener su legitimidad; es decir, la aplicación de programas sociales que mantengan esta relación clientelar.

La legitimidad no es un cheque en blanco en las democracias. Si hablamos de un sistema democrático, hablamos de una ciudadanía participativa, consciente y crítica con el gobierno (sea de la extracción ideológica que éste sea).

Parece que en México tenemos dos clases de legitimidad: la primera, emanada de una fe ciega y clientelar hacia un proyecto político; la segunda, dada en función del cumplimiento general de un gobierno respecto a sus responsabilidades mínimas con la ciudadanía.

¿Cómo poder medir a la legitimidad? Jamás he coincidido con la interpretación de la realidad social únicamente a partir de los números. Si llenamos un estadio con los simpatizantes de un gobierno, seguramente nos convenceremos que esas miles de personas son reflejo del apoyo popular que tiene dicha administración; por el contrario, si vamos a una manifestación en contra de una política específica de ese gobierno, consideraremos que

cuenta con el rechazo de miles que salen a las calles a increpar las decisiones tomadas por algún mandatario.

La fortaleza o debilidad de un gobierno también determina las acciones que éste tomará en el futuro.

Es más sencillo aclarar el asunto de la legitimidad política en México en función de los antecedentes electorales que preceden a un gobierno. Soy un convencido que la fortaleza o debilidad de una administración sienta sus bases en la transparencia y aceptación de la elección de la que emana.

El primer ejemplo es Carlos Salinas de Gortari en 1988. Con un proceso electoral defectuoso, copado por las autoridades y con severas dudas, el presidente en turno arriba al poder en medio de múltiples manifestaciones que declaraban fraude en aquel proceso electoral (recordemos la famosa caída del sistema y el golpe madrugador declarando ganador a CSG por parte del PRI). Los tres partidos de oposición se manifestaron en contra del fraude sistemático.

Salinas, consciente de que un gran número de ciudadanos no creía que él había sido el ganador de los comicios, comenzó a articular ya en el gobierno acciones y programas populares (PRONASOL) que lograron a mediados de su sexenio, una alta aceptación y legitimidad para su gobierno que prometió el arribo de México al primer mundo. Toda esa aceptación se vino abajo en 1994 con el surgimiento del EZLN y el magnicidio de Luis Donaldo Colosio.

Fox es un caso inverso, él llegó con el mayor bono democrático y de legitimidad otorgado para un gobierno. Al contrario de Salinas, Fox, en vez de mantenerlo con una administración eficaz y eficiente, se dedicó a minar tal bono con una serie de constantes pifias emanadas de la falta de capacidad política, técnica y lingüística. Además, Fox Quesada contribuyó de forma activa a generar las bien fundadas dudas sobre el fraude electoral en 2006.

El último caso que nos arroja ejemplos de legitimidad para un gobierno es el de Felipe Calderón. Más de la mitad de la población pensaba que su gobierno no había llegado de

forma transparente al poder. En una medida desesperada y poco planeada, Calderón utiliza a una de las instituciones con mayor prestigio para combatir al crimen: el ejército mexicano. La medida era muy buena en el cálculo político ¿Qué insensato se opondría a combatir al crimen con una institución de prestigio? Nadie en un primer momento. Sin embargo, los desastrosos resultados de esta guerra han hundido al gobierno calderonista y al ejército en un serio cuestionamiento social sobre este modelo de combate al crimen organizado.

Lo anterior nos demuestra que la legitimidad ganada en las urnas no se mantiene al ser gobierno. Ésta no es aceptación que la ciudadanía entrega cada seis años, al contrario, el reconocimiento del colectivo se construye en lo cotidiano. Algunos analistas dirán que la caída de la legitimidad es normal en un gobierno saliente, yo pongo el caso de Lula en Brasil para debatir tal idea.

### ***Los retos del dinosaurio en su regreso a Los Pinos***

Miles de personas marchan en las calles a cuestionando el proyecto de Peña. Lo que parecía ser un día de campo para el candidato del PRI, se convirtió en una campaña llena de tropiezos y críticas sobre la idea que tiene de nación (si es que tiene alguna).

El spot, la imagen, la trivialización de la vida pública y la sobreexposición mediática fueron constantes en los últimos seis años para el ex mandatario del Estado de México.

La legitimidad de Peña ya estaba puesta en duda desde su candidatura. Las pifias literarias, el menosprecio hacia la prole, el desconocimiento sobre los precios de productos básicos, su misoginia y su talante de enorgullecimiento autoritario fue lo que crispó a la sociedad que ejerció acción colectiva en contra del político del grupo Altacomulco.

La coacción y compra del voto clientelar emanada de su partido han despertado rabia ciudadana como nunca antes vista en contra de un candidato o virtual presidente electo, todo esto, por el hecho de que pese más en este sistema la trampa y manipulación que la libre decisión ciudadana.

La descarada manipulación de la opinión pública y sesgo informativo por parte de los medios a su favor también han despertado en la sociedad dudas y serios cuestionamientos sobre

la disfrazada imparcialidad de los mismos en este proceso.

Las autoridades electorales han sumado su miopía y su justificación de la corrupción política, existen múltiples motivos para dudar en vez de tener certeza. Según las mismas, la jornada electoral fue ejemplar y transparente.

Tengo la certeza que hay dos realidades que se manejan en el país. La primera es la de los medios masivos de información que han creado a este producto de la mercadotecnia política y que continuarán apoyando y aplaudiendo al nuevo presidente. Ellos intentarán generar una percepción maravillosa del pleno funcionamiento de las instituciones a favor de México.

Sería ingenuo pensar que alguien que arribó de una forma antidemocrática al poder lo ejercerá de forma inversa una vez estando en él. Peña tiene un horizonte complejo, ya que más allá de la televisión, los poderes fácticos y parte de una población anestesiada, éste se encontrará con ciudadanos que han despertado para ser vigilantes del interés público.

Algunos limitarán a la movilización y conciencia crítica ciudadana como manifestaciones exclusivas de la izquierda o del movimiento estudiantil YoSoy132. Este rechazo ya se expandió y ha desbordado a cualquier organización política o social. Es general y nacional, está en contra de la trampa, la simulación y la manipulación que han sido constante moneda de cambio de este proceso electoral.

Si Peña (o su grupo) es inteligente, implementará mecanismos en el gobierno para aminorar la presión social sobre ciertas demandas en materia de democracia electoral.

Por más que su gobierno sea exitoso mediática, política y materialmente, la historia ya está dada. Los ciudadanos no olvidarán que él es producto de un proyecto de imposición política y económica que seguirá beneficiando a un grupo muy reducido de la sociedad mexicana.

El asunto de fondo tal vez no es de legitimidad, sino del enfrentamiento de una sociedad crítica frente a un sistema corruptor corporativo que se resistirá a modificar sus viejas y únicas prácticas. ©